

LA SORPRESA DE MONICA

Por: Antonio D. Duarte Sánchez

Debo confesarles que tras ocho años de matrimonio, no he sido nunca capaz de seguir el ritmo de mi esposa. ¿Han oído alguna vez de boca de un hombre aquello de "... pues yo, la otra noche, tres y sin sacarla...?", ¿si?; bueno, pues cochina mentira, se lo digo yo.

Pero, en fin, por lo demás parecía que todo marchaba razonablemente bien. Hasta aquella mañana otoñal en que una acumulación de gripes en la empresa nos puso a los pocos supervivientes en el brete de sustituir a los compañeros enfermos para, al menos, cubrir el expediente mientras los demás se recuperaban. A mí me tocó el reparto de mercancías con la vieja furgoneta.

A media mañana decidí que me concedería un respiro para tomar un café. Aprovechando el sol que lucía me acodé en la barra exterior de un bar y me obligué a gastar quince minutos en saborear la infusión pese a la montaña de bultos que esperaba amenazante en el interior del vehículo. Recorría la calle con la mirada, dejándola resbalar por los vecinos que iban y venían, cuando descubrí a lo lejos la que me pareció la silueta de mi mujer. Seguí con la mirada sus caderas hasta perderla de vista al cruzar el umbral de un edificio. No se me ocurrió qué podría ella ir a hacer allí. Durante el resto del día no dejé de preguntarme la razón de la visita de mi esposa a aquel edificio. Por algún motivo, aquella noche no se lo pregunté; sin embargo, la inquietud siguió rondándome durante toda la noche y a la mañana siguiente, aún atrapado en mi cometido de repartidor, me aparté de mi ruta para estar a la misma hora frente al edificio donde ella había entrado.

Allí estaba nuevamente. Su paso era decidido y ahora, más cerca, pude ver un detalle que el día anterior me pasó desapercibido: Mónica sacó un llavero de su bolso y abrió la puerta. Por la noche registré su bolso y el llavero consistía básicamente en una anilla y una etiqueta con un número y una letra: "4 B". Cerré el bolso y fingí un dolor de cabeza para no tener que hablar de los celos que ya me tenían encogido el corazón.

El tercer día me armé de valor y regresé a lo que podía llegar a convertirse en mi atalaya particular. Apareció cuando estaba a la mitad de mi desayuno y se repitió la escena de días anteriores. Me costó Dios y ayuda dejar pasar quince minutos mientras la taza de café se enfriaba entre mis dedos. No muy convencido de lo que tenía que hacer a continuación, pulsé el timbre del 4º B y, para mi sorpresa, en vez de una voz sólo oí el chasquido de la cerradura al ser abierta por el portero automático. Los celos se me antojaron entonces absurdos y, por extraño que resulte, sin saber por qué, deseé haber oído la voz un hombre.

Salí del ascensor y el breve hilo de luz que escapaba tras una puerta apenas abierta atrajo mi atención; era la vivienda B y hacia ella dirigí mis pasos. Una mujer rubia, alta y tapada apenas por un conjunto de ropa interior blanca me sonrió y me franqueó el paso.

- Hola, cariño, pasa.
- “¿Dónde te has metido, Luis?”.
- ¿Eres nuevo, verdad?.
 - Sí, musité.
 - Bueno, pareces un poco tenso, pero para eso estamos nosotras.

Mientras hablaba se había colgado de mi brazo y me guió hasta un dormitorio con una cama, un televisor, un mini-bar y un cuarto de baño adjunto.

- Ahora vendrán nuestras chicas. Cuando las hayas visto volveré yo y me dices con cuál prefieres estar, ¿vale?.

Cabeceé afirmativamente y ella se marchó. Al poco tiempo se abrió la puerta y entró una muchacha negra, de veintipocos años y cuerpo escultural, envuelta en una serie de gasas rojas que parecían rodearla de un vapor de fuego. Me besó en ambas mejillas.

- Yo soy Yolanda. -dijo, mirándome a los ojos.

Yolanda se fue y escuché cómo sus pasos se cruzaban con otros por el pasillo. Me senté en la única butaca, todavía sin terminar de creer completamente lo que mi cerebro me decía que era evidente: Estaba en una casa de citas.

La puerta se abrió nuevamente y apareció Mónica luciendo sus generosos pechos sobre un sujetador negro sin tirantes, con su sexo apenas cubierto por una bragas del mismo color y unas medias de encaje hasta medio muslo.

Su rostro cambió por completo al verme. No sé qué estaría ocurriendo con el mío pues hacía rato que me parecía vivir un sueño absurdo. Pueden creerlo o no, pero hasta entonces nunca había estado un burdel y jamás pensé que me tendría que ver en un lugar así.

- ¿Qué haces tú aquí?. -No había reproche en su voz; claro que, dadas las circunstancias, no podría haberlo.
- Antes de ayer tuve que hacer el reparto de la empresa. Paré cerca de aquí a desayunar y te vi entrar. Ayer te volví a ver y vi también cómo abrías el portal con una llave; por la noche miré tu bolso y leí la etiqueta del llavero. Esperaba encontrarte con otro hombre
- Acabo de llegar y sólo he tenido tiempo de cambiarme.

El tono de Mónica oscilaba entre lo tierno, lo divertido y lo cínico. Pero no había nada de arrepentimiento en su voz.

- Tengo que marcharme para que entren las demás chicas, aunque espero que me elijas a mí.

¡No me lo podía creer!. Una tras otra, desfilaron ante mí tres chicas más. Entró mi primera anfitriona y me preguntó cuál me apetecía.

- Mónica. -Contesté.
- Tienes buen gusto, es una mujer muy seductora y con experiencia. Tienes que pagarme ahora, son diez mil pesetas por un servicio normal completo. ¿Te apetece beber algo?.

“¿Algo?”, pensé. “Me bebería el mar de un trago”. Le pedí una coca-cola y me la sirvió contoneándose con desparpajo, como anticipándome el momento de placer que, se suponía, me esperaba a continuación.

- He tenido que pagar para acostarme con mi propia mujer. -Mónica me miró con aprobación.
- Esto es un negocio, Luis. Aquí soy lo que soy y no es un mal sistema para ingresar un dinerillo y satisfacerme. -Pasó su brazo sobre mis hombros- Tú haces cuanto puedes, pero ya sabes que yo siempre me quedo con ganas de más y aquí llevamos un control muy estricto de los hombres a los que dejamos pasar.
- Me abrieron la puerta sin preguntar quién era ... -Empecé a protestar-

- ¿No te has fijado en la cámara que hay sobre el portero automático?. Tenemos mucha práctica para catalogar a los hombres.
- ¿Y cómo se me cataloga a mí?.

En vez de contestar, Mónica tomó el mando del televisor y lo conectó. El vídeo debía estar en funcionamiento pues apareció una película porno. Mónica tomó un cubito de mi vaso y lo deslizó sobre mi cuello.

- Inofensivo, encantador y voluntarioso. Casi todo lo que cualquier mujer podría pedir. Pero has pagado y yo, además de tu mujer, soy una profesional a la que le gusta hacer bien su trabajo

Me rendí. Ya les dije al principio que era incapaz de seguir el ritmo sexual de mi mujer, así que me dejé hacer y me dispuse a vivir lo que creía que sería la aventura más extraña de mi vida: ir a una casa de putas para acostarme con mi mujer..., previo pago de su importe.

Mónica me desvistió rápidamente, posando sus dedos sobre mi cuerpo y presionando justo donde sabía que yo era más sensible. De algún modo se las arregló para desnudarse ella también completamente sin que yo me diera cuenta de nada. Me cogió de la mano y me llevó hasta el baño. La bañera se fue llenando poco a poco con el agua que caía de la ducha, empapándonos y haciendo brillar nuestro cuerpo. Ella conectó el hidromasaje y me hizo sentar dejando mi pene erecto asomando justo por encima del agua. Con la base de la lengua lo recorrió de arriba a abajo, descubriendo el glande y mordisqueándolo suavemente con la punta de sus dientes. Empezó a besarme el vientre, acariciando mis pezones mientras mis manos buscaban sus senos. Se levantó un poco y echó gel entre sus tetas para colocar allí, a continuación, mi verga.

- Esto se llama cubana. -Me informó.

Frotó mientras me miraba con descaro y mis manos se deslizaron por su vagina mientras ella hurgaba en mi ano con un dedo. Me levantó al notar las palpitaciones que agitaban mi pene y nos rodeamos con una toalla para medio secarnos.

En el televisor, dos mujeres hacían una felación al actor y ella, notando dónde iba mi mirada, volvió al principio, imitando la escena de la película. Estábamos transversales a la cama, de modo que ella podía mirar lo que sucedía en la pantalla. Estirándose, abrió un cajón y sacó una pequeña botella que contenía un líquido transparente. Mojó con él sus manos y las pasó por su culo y por mi polla.

- Esto se llama griego. -Dijo.

“Y esto va a parecer las Naciones Unidas” -pensé-. Se colocó sobre mí, en cuclillas y dándome la espalda. Agarró mi pene con la mano y lo dirigió hacia su ano, agarrándolo con fuerza e introduciéndolo con una suavidad que habría creído imposible por lo estrecho. Soltó el aire en un suspiro y yo no pude evitar gruñir al sentir aquella cálida presión rodeando mi miembro.

De alguna parte, Mónica sacó un consolador y se lo metió en la vagina, aumentando el ritmo de la cabalgada y agitando sus pechos entre mis manos. Debió notar nuevamente la sangre bombeando frenéticamente en mi pene porque se lo sacó inmediatamente y puso sus pezones en mi boca. Ahora sacó un instrumento aún más curioso: Tres penes, formando una “y griega”, y una especie de capucha de plástico con un botón. Me puso la capucha en la polla y apretó el botón, empezando a notar cómo aquel aparato succionaba suavemente. Se metió dos de los penes, uno por la vagina y otro por el ano, y luego me hizo levantar las rodillas.

Untó mi culo con vaselina e introdujo dos dedos, primero uno y luego otro. Cuando consideró que yo ya no tenía ningún reparo que oponer cruzó sus piernas entre las mías y me metió la polla libre por detrás, pulsó el botón que estaba en la protuberancia central y aquello vibró haciéndome sentir un placer que jamás había experimentado.

Yo ya no podía más. Cuatro días sin hacer el amor reducen mucho la capacidad de un hombre para resistir cuando el orgasmo se empeña en llegar. Mónica cogió mi pene con su boca y recibió en ella todo mi semen. Chupaba cada vez que eyaculaba, produciéndome un efecto de succión que mantuvo mi miembro erecto durante más tiempo del que jamás había estado por efecto del sexo hasta que, al fin, me dejé caer totalmente desmadejado sobre la cama.

Había pagado por hacer el amor con la mujer que quería y con la que vivía. Otros lo habían hecho antes y otros lo harían después; pese a todo no me importaba: Mónica era una magnífica profesional Y no tengo más que decir.

FIN